



Puente Democrático

Lucha contra el Antisemitismo y Fomento a la Tolerancia Religiosa en Argentina

23 de abril de 2014

¿Cómo surgieron las teorías de la conspiración judía mundial?

El texto más conocido sobre la conspiración judía son los llamados *Protocolos de los Sabios de Sión* que, como se verá más adelante, se probó su falsificación. No obstante, y a pesar de que casi la mitad de este libelo fue plagiado de una obra crítica del emperador Napoleón III decenios antes, los *Protocolos* fueron aceptados, promocionados y repetidos en la Alemania nazi y aún después de la segunda guerra mundial. Hubo una serie de autores que escribieron durante el siglo XIX y abonaron el terreno para que la teoría de la conspiración fuese aceptada por los círculos nacionalistas antisemitas en Europa, América y Asia.

Por Ricardo López Göttig

Esta publicación forma parte del proyecto "Lucha contra el Antisemitismo y Fomento a la Tolerancia Religiosa en Sur América" de la Fundación Panamericana para el Desarrollo (PADF) que CADAL implementa en Argentina. El objetivo del proyecto es permitir a un grupo específico de actores de la sociedad civil preocupadas por la tolerancia religiosa llevar a cabo una mejor lucha contra el antisemitismo, proporcionando así un entorno más favorable a las libertades fundamentales y el respeto de los derechos humanos.



Una característica del antisemitismo moderno es la acusación de que está en marcha una vasta conspiración judía para dominar el planeta. Estas teorías conspirativas comenzaron a forjarse durante el siglo XIX y alcanzaron su apogeo en el período de entreguerras, preparando el escenario para la Shoá en Europa. De acuerdo a estas teorías, los socios o meros instrumentos de esta conspiración varían de acuerdo a las circunstancias locales o del momento: puede ser la masonería, el liberalismo, el socialismo, el comunismo, el feminismo o el pacifismo, o bien todos ellos juntos, como máscaras que se van cambiando.

Pero, ¿cuándo nacen estas teorías conspirativas, y por qué? Si bien los primeros autores en hacer estas afirmaciones tenían un propósito religioso, sobre todo para explicar la caída del Antiguo Régimen en Francia y la expansión del liberalismo y el constitucionalismo en el continente europeo, el barniz teológico irá quedando de lado a lo largo de la centuria, para enfocarse en cuestiones políticas y económicas. Muchos nostálgicos del antiguo orden estamental añoraban los regímenes absolutistas que se iban reformando y despreciaban la modernidad, la industrialización, el ascenso social de las clases medias y la creciente urbanización del Viejo Continente. En un tiempo de tantos cambios como fue el siglo XIX, un modo fácil de explicarlos era con una teoría conspirativa en la que un grupo de personas, oculto a la vista, maneja todos los hilos de la economía y la política con un plan deliberado. Todo cuanto acontece pretende ser “explicado” desde esta óptica simplista, sin necesidad de tratar de comprender la complejidad de los fenómenos sociales, y las pruebas que se ofrecen de tal conspiración bastarían con ser observadas en la vida cotidiana. De este modo, una crisis financiera, los conflictos internacionales, un cambio de gobierno, la inflación o las noticias periodísticas son inmediatamente identificables como maniobras de la gran conspiración en marcha.

El texto más conocido sobre la conspiración judía son los llamados *Protocolos de los Sabios de Sión* que, como se verá más adelante, se probó su falsificación. No obstante, y a pesar de que casi la mitad de este libelo fue plagiado de una obra crítica del emperador Napoleón III decenios antes, los *Protocolos* fueron aceptados, promocionados y repetidos en la Alemania nazi y aún después de la segunda guerra mundial.

Hubo una serie de autores que escribieron durante el siglo XIX y abonaron el terreno para que la teoría de la

conspiración fuese aceptada por los círculos nacionalistas antisemitas en Europa, América y Asia.

En 1869, poco tiempo antes de la caída del Segundo Imperio en Francia, el prolífico escritor sobre cuestiones de ocultismo Roger Gougenot des Mousseaux publicó *Le Juif, le Judaïsme et la Judaïsation des Peuples Chrétiens* (“El judío, el judaísmo y la judaización de los pueblos cristianos”), en el que desarrolló su teoría sobre los objetivos de dominación mundial de los judíos. Sostuvo que los judíos son un pueblo extendido por todo el planeta y por eso están en condiciones de dominarlo, ya que manejan el oro y la prensa, además de tener como instrumento a la masonería. Este objetivo, asevera Gougenot des Mousseaux, viene desde el principio de los tiempos, porque la verdadera creencia del judaísmo es la cábala, a la que él interpretaba como una ciencia oculta demoníaca con sacrificios humanos, especialmente de cristianos¹. En páginas febriles, el autor narra que la cábala comenzó a ser practicada por los hijos de Caín, y que ese conocimiento diabólico fue practicado por los fariseos y luego transmitido por los templarios a los masones. Pero a partir del siglo XVIII, se habrían escondido en los principios del liberalismo² y el cosmopolitismo para provocar revoluciones y derribar las monarquías absolutas³. De ese modo, socavan la civilización cristiana y preparan el triunfo del Mesías esperado por los judíos, que no es otro que el Anticristo⁴. En este libelo de carácter apocalíptico, será el precursor de algunas acusaciones que se irán repitiendo durante más de un siglo: los judíos como agentes de revoluciones y dueños del oro y la prensa⁵. También cabe subrayar el mote de “cosmopolita”, porque este será el eufemismo con el que se denominará a los judíos en la Unión Soviética decenios más tarde. Lo que hizo este autor fue instalar en la modernidad decimonónica las antiguas acusaciones de que los judíos eran adoradores de Satanás, nacidas en las disputas teológicas entre cristianos y judíos en tiempos del Imperio Romano.

Quien popularizó las ideas de Gougenot des Mousseaux fue Edouard Drumont con su libro *La France Juive* (“La Francia Judía”), en 1886, en el que copia extensos párrafos de su antecesor sin citar la fuente. Drumont insistirá en que los judíos son los promotores de revoluciones, afirmando que “el único que se ha beneficiado con la Revolución [francesa de 1789] es el judío. Todo viene del judío, todo vuelve al judío”⁶. Drumont agrega el elemento racial a sus argumentos, afirmando que sólo los arios tienen el concepto del bien, la noción de la justicia y el sentimiento de la libertad,

¹ Roger Gougenot des Mousseaux, *Le Juif, le Judaïsme et la Judaïsation des Peuples Chrétiens*. París, 1869. P. 226.

² *Ibidem*, p. 268.

³ *Ibidem*, p. XXI.

⁴ *Ibidem*, pp. 484-485.

⁵ *Ibidem*, p. 358 y ss.

⁶ Edouard Drumont, *La France Juive*. París, 1886. Tomo I, p. 2

en tanto que los semitas son parodias más o menos groseras de cartón pintado⁷, y plantea la guerra entre indoeuropeos y semitas por el dominio del mundo. Sostenía que los arios son nobles, agricultores, guerreros, confiados y entusiastas, heroicos y preocupados por aspiraciones superiores. La contratara, los semitas: mercantiles, intrigantes, incapaces de crear. “Es al ario a quien debemos los descubrimientos pequeños o grandes, la imprenta, la pólvora, América, el vapor, la máquina neumática, la circulación de la sangre, las leyes de la gravedad. Todos los progresos fueron producidos por el desarrollo natural de la civilización cristiana. El semita, no hay que dejar de repetirlo, no ha hecho más que explotar el genio o el trabajo que otros han conquistado”⁸. Siguiendo a este autor, deberíamos concluir en que los chinos son arios...

Drumont se hace eco de la caricatura del judío de nariz grande y encorvado, características físicas que señalan su degradación moral. En esto se aparta de Gougenot des Mousseaux, quien sostenía que los judíos eran intelectual y físicamente superiores a los arios, aunque no lograba comprender la razón. Edouard Drumont, pues, anticipa algunos prejuicios que tanto utilizará el nazismo, como el del judío improductivo y físicamente inepto para las labores que requieran fuerza y destreza. En su visión paranoica, los judíos manipulaban los acontecimientos políticos de Francia y estuvieron detrás, por ejemplo, de la Revolución de 1789 a través de la masonería⁹. Pero lo que Drumont no explica es que hubo masones en las diversas corrientes políticas, muchos de ellos monárquicos, y tanto el rey Luis XVI como sus hermanos –luego los monarcas Luis XVIII y Carlos X- también fueron miembros de esa orden iniciática.

Los Protocolos de los Sabios de Sión

El texto más conocido y que más daño causó durante decenios, inspirando al antisemitismo del período de entreguerras, fue el de los llamados *Protocolos de los Sabios de Sión*, a pesar de haber sido demostrada su falsedad. Aún hoy hay quienes persisten en difundirlo a pesar de las evidencias, lo que demuestra cuán arraigado está el prejuicio de la judeofobia. El nazismo lo utilizó y difundió, así como otras obras del mismo tono como el libro *El judío internacional*, del empresario Henry Ford.

El texto está redactado como si el autor fuera uno de los miembros del grupo de “Sabios de Sión”, una entidad secreta y siniestra que maquina en las sombras la conquista del mundo, a través de la masonería, la prensa, las finanzas y el dominio de los políticos de los países con democracias liberales. Finaliza con la firma de los representantes de “Sión del Grado 33”, tomando el número del grado más alto de la

masonería. A lo largo de 24 protocolos y en forma un poco entremezclada, se van exponiendo los lineamientos de la gran conspiración para tomar el poder en la Europa cristiana y, a través de ella, el resto del planeta. En rigor, es un resumen de lo que ya habían afirmado varios autores anteriores: el control del oro, la prensa periódica, los partidos políticos y los gobiernos con la finalidad de destruir el mundo cristiano e imponer, finalmente, una autocracia con un rey judío. Toma muchos elementos del discurso reaccionario del siglo XIX, que cuestionaba al liberalismo y el constitucionalismo por fomentar el disenso y el debate. Pero esa discusión no es espontánea, sino que es manipulada por los Sabios de Sión, que estimulan la discordia y la lucha entre partidos, sirviéndose de los medios de comunicación. Como los judíos controlan el sistema financiero y, en particular, el oro, tienen sometidos a los gobiernos a través de los empréstitos que contrajeron por no saber administrar. De este modo, las democracias son manejadas para que la opinión pública no comprenda cuanto acontece, aturdida por mensajes opuestos. Esto se opone a la sociedad estamental del Antiguo Régimen, en la que la aristocracia era benevolente y cuidaba la sociedad. Pero la aristocracia ya está degradada –excepto en el Imperio Ruso-, y los europeos se dividen en facciones que aparentemente están en pugna –liberales, socialistas, anarquistas, marxistas, monárquicos- pero que son marionetas dirigidas en las sombras por los Sabios de Sión. El laicismo, la pornografía, la prostitución y el alcoholismo son promovidos para degradar la moral de los pueblos cristianos.

Los gobiernos de Europa no logran comprender qué está ocurriendo. Y si alguno de ellos lo entendiera e intentara oponerse a este plan, entonces las grandes capitales del continente serían despedazadas por bombas colocadas en el alcantarillado y en la red de trenes subterráneos...

Al caos, confusión, pobreza y degradación física y moral de los cristianos, le seguirá la instauración de una nueva autocracia con un monarca judío, el retorno de la Casa de David, que eliminará el liberalismo, reprimirá toda manifestación crítica, suprimirá las otras religiones y gobernará con mano de hierro.

¿Quién escribió este texto y cómo se difundió? Las evidencias indican que el autor habría sido ruso, vinculado a la Ojrana, la policía zarista cuya función era reprimir las corrientes opositoras al régimen imperial. Mientras en Gran Bretaña y Francia gozaban de amplias libertades con regímenes parlamentarios, y en los imperios Alemán y Austro-Húngaro había asambleas legislativas con atribuciones restringidas, en Rusia seguía dominando la autocracia del Zar, sin ningún límite a su poder. Recién en

⁷ Ibidem, p. 6.

⁸ Ibidem, p. 33.

⁹ Ibidem, p. 516.

1905 el Zar concederá la creación de la Duma y aceptará el funcionamiento de los partidos políticos y de la prensa, aunque se las ingeniará para mantener el control. Ese desenvolvimiento tardío del constitucionalismo liberal, además del contraste con el portentoso desarrollo industrial de Occidente, será una de las causas de la radicalización de la intelectualidad rusa, que se volcó hacia variantes del socialismo o el anarquismo. En los comicios para la Duma, la mayoría de los judíos votaba al partido Constitucional Demócrata (KD), liberal; pero quedó el estereotipo del judío revolucionario porque en las formaciones de izquierda había figuras reconocidas de ese origen entre los mencheviques, bolcheviques, socialistas revolucionarios y anarquistas. También existía el partido Bund, netamente judío, que proponía la autonomía de esa comunidad. Aquellos que se habían integrado a los partidos de la izquierda revolucionaria ya no se reconocían como judíos porque habían cortado los lazos con su comunidad y religión. Sin embargo, la propaganda gubernamental fue hábil en presentarlos como una hidra, un monstruo con múltiples rostros pero con una sola finalidad: la destrucción del cristianismo.

Uno de los más notorios difusores de los Protocolos en Rusia fue el místico Sergei Nilus, vinculado a la corte imperial, que incluyó una de las versiones circulantes de este texto en su libro *Lo grande y lo pequeño*. Cuando la familia imperial fue fusilada por los bolcheviques en 1918, la zarina Alejandra tenía en su posesión un ejemplar de este libro y se descubrió que, además, había dibujado una svástica en el marco de una ventana. Si bien este símbolo es antiquísimo y aparece en varias culturas como representación del movimiento –según la tradición, es uno de los símbolos que el Buddha tuvo en su cuerpo al nacer–, los grupos racistas de supremacía aria ya lo estaban adoptando, mucho antes del surgimiento del nazismo. Ante los ojos de quienes querían ver una conspiración mundial, estos hechos parecían corroborar sus temores.

Los *Protocolos* sirvieron para fustigar a la comunidad judía en el Imperio de Rusia a comienzos del siglo XX, en el que las Centurias Negras hacían pogroms alentados por el gobierno. Pero este texto cobró fama después de la Gran Guerra, cuando se derrumbaron tres grandes imperios europeos: el Ruso, el Alemán y el Austro-Húngaro. La imposición del régimen bolchevique en un golpe de Estado en noviembre de 1917 y su triunfo después de la guerra civil en 1920, parecía confirmar a los ojos de muchos occidentales las palabras de los *Protocolos*. En el gobierno socialista había figuras prominentes de origen judío: Trotski, Kamenev y Zinoviev, entre otros. En la literatura de la época, incluso se afirma que Lenin y Stalin eran judíos, lo que es falso. Pero los mencionados habían roto con el judaísmo hacía ya mucho tiempo, y luego fueron víctimas del propio sistema totalitario que ayudaron a construir.

Con la creación de la Unión Soviética y el nacimiento de la República de Weimar en Alemania, en los países de habla germana circularon los Protocolos entre los círculos *völkisch*, nacionalistas racistas, que atribuían su derrota en la guerra a una conspiración judía. Interpretación falaz y malintencionada, porque el régimen del Kaiser Guillermo II ayudó a Lenin y varios de sus seguidores a volver a Rusia en 1917 para desbaratar el frente oriental, e incluso ayudó a financiar a los bolcheviques por intermedio del agente Parvus. Y fue Trotski, en su función de comisario del pueblo para las Relaciones Exteriores, quien negoció el Tratado Brest-Litovsk, por el que los alemanes ocuparon lo que hoy es Ucrania, el sur de Rusia y el Cáucaso, con lo que tenían acceso a alimentos y petróleo para continuar la guerra mundial. Cuando se inició la guerra civil en el escenario del antiguo Imperio de Rusia, los países aliados como Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos –los que supuestamente estaban manejados por los judíos tras bambalinas– apoyaron a los ejércitos blancos de antiguos oficiales zaristas que combatieron al Ejército Rojo, formado y liderado por Trotski.

Los *Protocolos* comienzan a publicarse y difundirse en Europa occidental, pero en 1920 el prestigioso diario londinense *The Times* demuestra que casi la mitad del texto fue plagiado de una obra de sátira política, *Diálogo en el Infierno entre Maquiavelo y Montesquieu*, de Maurice Joly, una crítica al gobierno imperial de Napoleón III publicada en 1864. Cuando los nazis llegan al poder en Alemania en 1933, la difusión de los *Protocolos* gana más fuerza. Pero en Suiza, en 1934, la comunidad judía lleva a juicio a los difusores de este libelo en la tierra helvética, celebrándose un proceso que toma relevancia continental. Quienes cuestionaron el texto abundaron en pruebas y testimonios; los que afirmaban la veracidad, apenas pudieron repetir las consignas allí contenidas. Pero para el gobierno de la Alemania nazi no era importante demostrar que fuese verdadero: bastaba la convicción profunda en que esa conspiración estaba en marcha y que debía ser detenida. En la cosmovisión apocalíptica de los nazis, se libraba una guerra entre la luz aria y la tiniebla semita, un combate entre el bien y el mal, un enfrentamiento de carácter religioso y sobrenatural que implicaba la eliminación física de los judíos y la conquista del “espacio vital”. Si bien el carácter mágico del nazismo era conocido y practicado por pocos –pero decisivos– miembros del partido, era el núcleo ideológico de Adolf Hitler en el poder. No fue casual que el asesinato del ministro de Asuntos Exteriores Walter Rathenau –político y empresario judío– coincidiera con el solsticio de verano en junio de 1922. Y es que en los grupos nacionalistas racistas alemanes estaban convencidos de que Rathenau era uno de los Sabios de Sión...

Henry Ford

“Ha tomado 1900 años llevar a Europa al estado presente de sojuzgamiento—sojuzgamiento violento en algunos países, sojuzgamiento político en algunos, sojuzgamiento económico en todos- pero en América el mismo programa, con casi el mismo grado de éxito, requirió cincuenta años. Ciertas ideas equivocadas de liberalismo, ciertas ideas fofas de tolerancia, todas ellas originadas en fuentes europeas a las que contaminaron los autores de los Protocolos, fueron transportadas a América”, afirmaba Henry Ford en su libro *The International Jew* (El judío internacional), una obra editada en cuatro volúmenes a partir de 1920, que reunía artículos publicados en el periódico *The Dearborn Independent*, de su propiedad. En este texto, el autor – Henry Ford puso su firma, pero los *ghost writers* habrían sido el alemán August Müller y el refugiado ruso Boris Brasol. Se llegaron a publicar medio millón de ejemplares, a los que debemos sumar la tirada de trescientos mil del *Dearborn Independent*. Por el gran prestigio de Ford, la influencia de este texto se habría sentido particularmente en las regiones rurales, más tradicionales y en las que no había población judía.

En *The International Jew* no sólo se repite la teoría contenida en los Protocolos, sino que se le intenta dar un aroma estadounidense. Sostuvo que la música popular fue

degradada por las discográficas judías, imponiendo al jazz con toda su sensualidad y movimientos. También influyeron en la moda a través de la ropa sport, el cine y hasta en el béisbol. Pero más allá de estos detalles que nos resultan irrisorios, cabe remarcar el enorme impacto en Estados Unidos y más allá de sus fronteras con este libro, ya que popularizó la creencia en el afán judío por dominar el planeta a través de las finanzas, la política y los medios de comunicación.

En 1927, Henry Ford aseveró que no conocía el contenido de ese libro, ni tampoco el de los editoriales publicados en forma continuada en el periódico *The Dearborn Independent*. Pero el libro fue divulgado por algunos líderes religiosos y fue traducido al alemán, con amplia circulación durante el régimen nazi.

En la República Argentina, el periódico nacionalista *Clarín* se hacía eco de los Protocolos y el influyente sacerdote Julio Meinvielle sostiene la veracidad de su contenido en el libro *Concepción católica de la economía*, de 1934.

Ya en los años setenta, Walter Beveraggi Allende se inspirará en estas ideas conspirativas para escribir su *Plan Andinia*, que provocó llamaradas en la imaginación de muchos lectores necesitados de ficción política.

Las traducciones del francés y del inglés son responsabilidad del autor.

FUENTES CONSULTADAS

Roger Gougenot des Mousseaux, *Le Juif, le Judaïsme et la Judaïsation des Peuples Chrétiens*. París, 1869.

En <https://archive.org/details/LeJuif—LeJudasmeEtLaJudasationDesPeuplesChrtiens>

Edouard Drumont, *La France Juive*. París, 1886.

En <https://archive.org/details/LaFranceJuive>

Los Protocolos de los Sabios de Sión (varias ediciones).

Henry Ford, *The International Jew*. 1920

https://archive.org/details/TheInternationalJew_655

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Norman Cohn, *El mito de la conspiración judía mundial*. Madrid, Alianza, 1983.

David Redles, *Hitler's Millennial Reich: Apocalyptic Belief and the Search for Salvation*. New York, New York University Press, 2005.

Richard Landes, *Heaven on Earth: The Varieties of Millennial Experience*. New York, Oxford University Press, 2011.

Binjamin Segel, *A Lie and a Libel: The History of the Protocols of the Elders of Zion*. Lincoln, University of Nebraska Press, 1995.

Neil Baldwin, *Henry Ford and the Jews: The Mass Production of Hate*. New York, Public Affairs, 2001.